

y guardada fuente; declara agora más esto segundo, especificando más las calidades de aquella fuente, y dice: fuente de huertos, esto es, tan abundante y copiosa, que de ella se saca por acequia agua para regar los huertos. «Pozo de aguas vivas;» esto es, no encarchado, sino que perpetuamente manan, sin faltar jamás. «Que corren del monte Libano,» que, como hemos dicho, es monte de grandes y lindas arboledas y frescas, y muy nombrado en la Escritura; para que de esto se entienda que es muy dulce y muy delgada el agua de esta fuente de que habla, pues nace y corre por tales mineros, con lo cual queda pintada una fuente con todas sus buenas calidades, de mucha agua, muy pura, muy sosegada, muy fresca y muy sobrada, que jamás desfallece; para que de la lindeza de la fuente del jardín entendamos la extremada gentileza de la esposa, que es como un jardín y una fuente.

«Sús, vuela, cierzo, y ven tú, ábrego.» Esto es un apóstrofe y vuelta poética muy graciosa, en la cual el esposo, habiendo hecho mención y pintura de un tan hermoso jardín, como habemos visto, prosiguiendo en el mismo calor de decir, vuelve su plática á los vientos cierzo y ábrego, pidiéndoles, al uno que se vaya y no dañe en su lindo huerto, y al otro que venga y que con su soplo tan templado y apacible le recree y le mejore, y ayude á que broten las plantas que hay en él, que es bendecir á su esposa y desear su felicidad y prosperidad, lo cual es muy natural cuando se ve ó se pinta con afición y palabras una cosa. Según el espíritu, significa hacer Dios que cesen los tiempos ásperos y de tribulación, que encogen y como que marchitan la virtud; y enviar el temporal templado y blando de su gracia, en que las virtudes, que tienen raíces en el alma, suelen brotar en público, para olor y buen ejemplo y provecho de sus prójimos; y así, el esposo, diciendo que su esposa es un jardín, añade y dice luégo: ¡Ay! Dios me guarde mi jardín de malos vientos, y el amparo del cielo me lo favorezca; no vea yo el rigor y el aspereza

del cierzo, que, como se ve, es un viento dañisimo y por su demasiado rigor abrasa y quema los jardines y huertos; «venga el ábrego,» y sople en este huerto mío con airecito templado y suave, para que con el calor despierte el olor, con el movimiento se lleve y derrame por mil partes; por manera que todos gocen de suavidad y deleite. Y esta bendición es dicha así y muy graciosamente, por irse conforme á la naturaleza del huerto de que habla; porque es regla que cuando bendecimos ó maldecimos ó aborrecemos alguna persona ó cosa tal, la maldición ó bendición ha de ser conforme á su oficio ó naturaleza, conforme lo hizo David en aquella lamentación sobre la muerte de Saúl, diciendo: ¡Oh montes de Gelboé, estériles seáis, sin ningún fruto ni planta, privados del beneficio del cielo, y rocío ni agua descienda sobre vosotros!

## CAPÍTULO V.

ESPOSA.

1 Venga el mi amado á su huerto y coma las frutas de sus manzanas delicadas.

ESPOSO.

Ven á mi huerto, hermana mía, esposa; cogí mi mirra y mis olores, comí mi panal con la miel mía, bebí el vino y la mi leche, comed, compañeros, y bebed y embriagáos.

ESPOSA.

2 Yo duermo y el mi corazón vela; la voz de mi querido llama. Abre, hermana mía, compañera mía, paloma mía, per-

fecta mía, porque mi cabeza está llena de rocío y mis cabellos de gotas de la noche.

3 Desnudéme mi vestidura, ¿cómo me la vestiré? Lavé mis piés, ¿cómo me los ensuciaré?

4 Mi amado metió la mano por el resquicio de las puertas, y mis entrañas se me estremecieron en mí.

5 Levantéme para abrir á mi amado, y mis manos goteando mirra, y mis dedos mirra, que corre sobre los goznes de la aldaba.

6 Yo abrí á mi amado, y mi amado se había ido y se había pasado. Mi ánima se me salió en el hablar de él: busquéle y no le hallé, llaméle y no respondió.

7 Halláronme los guardas que rondan la ciudad; hiriéronme, tomáronme el mi manto que sobre mí tenía las guardas de los muros.

8 Yo os conjuro, hijas de Jerusalén, que si halláredes á mi querido, me le hagáis saber que soy enferma de amores.

COMPAÑERAS DE LA ESPOSA.

9 ¿Qué tiene tu amado más que otro amado, porque así nos conjuraste?

10 El mi amado blanco y colorado (trae bandera) entre los millares.

11 Su cabeza oro de Tíbar, sus cabellos crespos, negros como cuervo.

12 Sus ojos como los de paloma junto á los arroyos de las aguas bañadas con leche, junto á la llanura.

13 Sus mejillas como eras de plantas olorosas de los olores de confección; sus labios, violetas que destilan mirra que corre.

14 Sus manos, rollos de oro que viene de Tarsis. Su vientre blanco, de ebur cercado de zafiros.

15 Sus piernas, columnas de mármol fundadas sobre las basas de oro fino. El su semblante como el del Líbano, erguido como los cedros.

16 Su paladar dulzura, y todo él deseo: tal es mi amado y tal es mi querido, hijas de Jerusalén.

GUARDAS

17 ¿Adónde se fué el tu amado, hermosa entre las mujeres? ¿Dónde se volvió el tu querido, y buscarle hemos contigo?

COMENTO.

«Venga mi amado á su huerto.» Como acabó de hablar en huertas el esposo, la esposa, avisada de ello, acuérdase de uno que tenía su amado, que por ventura es el mismo de que hizo la comparación arriba dicha, y ruégale que se deje ir donde van y que se vayan allá juntos á comer de las manzanas; ó por mejor decir, porque le había hecho semejante á un hermoso huerto y deleitoso, y ella agora por estas palabras encubiertas y honestamente se le ofrece así, y le convida á que goce de sus amores, como si más claro dijera: Pues vos me hicisteis semejante á un jardín bello, ¡oh amado esposo! y dijisteis yo era vuestro huerto, vos venid, esposo mío, coged y comeréis de los buenos frutos que en este vuestro huerto tanto os han costado; á lo que responde el esposo, diciendo: «Vendré á mi huerto, esposa mía, hermana mía;» en lo cual dice que, pues ella le convida con la posesión y con la fruta de su huerto, á él le place el venir á él y hacelle suyo, que por tal le tiene, siendo él y su esposa una misma cosa; y porque la nombra debajo de figura de huerto, y dice que vendrá á solazarse con ella, prosiguiendo por las mismas figuras, dice, no por las mismas palabras sencillas, sino como por rodeos y señas, explicando con gentiles palabras todo lo que suele hacerse en cualquier deleitoso huerto cuando algunas gentes se juntan en él para vacarse y tomar solaz, que no solamente cogen olorosas flores ó yerbas, pero también suelen comer ó merendar en él, ó llevar viandas y vino, y allá cogen de las frutas que hay. Por eso dice el esposo: «Comí mi panal con mi miel;» como si dijera: Yo vendré prestísimo á este mi huerto, y cogeré la mirra mía, con

las demás flores que en él se crían; comeremos en él frutas dulcísimas, á las cuales mi esposa me ha convidado, y panales de miel que allá en el huerto hay, y mucha lechê y mucho vino, de manera que nos regocijemos mucho; y como si estuviera ya en él, convida á sus compañeros los pastores que beban y se regocijen, como suelen decir los amigos que conciertan de ir á algún jardín: Iremos allá, comeremos y regocijarnos hemos hasta embeodarnos; no porque ha de ser así, sino por un encarecimiento de lo mucho que desean solazar; y así dice: Comed, compañeros, y bebed hasta que os embeodéis; como se suele decir en los convites alegres, cuando con regocijo se convidan unos á otros; y esto para declarar el esposo la determinación y deseo que tenía de regocijarse y deleitarse con su esposa, que es aquí la que es señalada por huerto, de quien se habla.

La palabra *vine*, que es del tiempo pasado, declaramos del tiempo venidero, diciendo: Yo vendré; asimismo las otras, *comí, cogí, bebí*, cogeré, beberé; porque es cosa muy usada y recibida en la Sagrada Escritura poner pasado por futuro, y futuro por pasado; y esto se ve en todas las demás promesas que la divina Palabra hace por sus profetas, para mostrar que son tan ciertas como si fuesen ya pasadas y cumplidas; y así, en los salmos, las cosas que se esperan, muchas veces se dicen por tiempo pasado, como es aquello: «Y mi hijo despertó á los enemigos,» que los despertará; y diciendo «leche y vino y panales de miel», á la letra se guarda el decoro y conveniencia de la persona que habla; porque una pastora semejantes comidas usa, con el abundancia de ellas se deleita mucho, como los delicados con las soberbias comidas.

Hase de entender aquí que, dicho esto, se fué el esposo, y vino la tarde, y pasó aquel día y amaneció otro; y la esposa cuenta lo que en aquella noche le había acontecido con su esposo, que la vino á ver y llamó á su puerta, y por poco que se detuvo en abrirle se tornó á ir, que fué causa

que ella saliese de su casa perdida de noche y se fuese á buscallo; lo que todo cuenta, y cada cosa en particular, con extraña gracia y sentimiento.

«Yo duermo y mi corazón vela.» Dicese del que ama que no vive consigo sino la mitad, y la otra mitad, que es la mejor parte de él, vive y está con la cosa amada. Porque, como nuestra alma tenga dos oficios, uno de criar y conservar el cuerpo, y el otro, que es el pensar é imaginar, ejercitándose en el conocimiento y contemplación de las cosas, que es el mayor y más principal; cuando uno ama, este oficio, que es de pensar é imaginar, nunca lo emplea en sí, sino en aquella cosa á quien ama, contemplando en ella y tratando siempre de ella; solamente obra consigo las obras de su cuerpo, aquello primero que es un poco de su presencia y cuidado, cuanto es menester para tenerle en vida y sustentarle, y aun esto no todas veces muy enteramente. Esto así parece; y supuesto simplemente, sin más filosofar en ello, nos declara la grandeza del amor que en este lugar muestra la esposa, diciendo: «Yo duermo y mi corazón vela;» porque dice que, aunque duerme, no duerme del todo, ni toda ella reposa, porque su corazón no está siempre en ella, sino en su amado está siempre; que, como se ha entregado al amor y servicio de su esposo, no tiene que ver con ella en su provecho; que el uno quería huir los trabajos del amor, mas el corazón dice: Yo los quiero sufrir. Dice el que ama: Grave carga es ésta; responde el corazón: Llevarla tenemos. Quéjase el amante que pierde el tiempo, la vida y la esperanza; halo el corazón por bien empleado todo; y así, cuando el cuerpo duerme y reposa, entonces está el corazón velando y negociando con las fantasmas del amor, y recibiendo y enviando mensajes; y por esto dice: «Yo duermo y mi corazón vela;» que es decir: Aunque yo duerma, el amor de mi esposo y el cuidado de su ausencia me tienen sobresaltada y media despierta, y así oí fácilmente su voz. Ó podemos decir que llama al esposo á su corazón por requiebro, conforme á

como se suele decir comunmente; y según esto, dice que cuando ella reposaba, su corazón, esto es, su esposo, estaba velando; que es un lastimarse de su trabajo en mostrar lo mucho que de él es querida. Lo cual es muy propio á Dios, cuyo amor sumo y ardentísimo con los hombres se va declarando debajo de estas figuras, que muchas veces, cuando los suyos están más olvidados de él, entonces por su grande amor los vela y los rodea con mayor cuidado.

«Voz de mi esposo.» Dice que al punto que ella despide el sueño (el cual, por causa de traer alborotado y desasosegado el corazón, tenía ligero) llega el esposo y llama á la puerta, cuya voz ella bien conoce; el cual le dice así: «Ábreme, hermana mía;» que todas son palabras llenas de regalo y que muestra bien el amor que le traía vencido; y en este repetir cada palabra tantas veces muestra bien el afecto con que le llama, para moverla á abrir á aquel de quien tanto es amada. «Acabada mía,» el amor no halla falta en lo que ama. Así lo dice Salomón: «El amor y caridad encubren mucho la muchedumbre de los pecados;» esto es, hacen que no se echen de ver los defectos del que es amado, por muchos que sean. Y á la verdad la esposa, de quien se habla aquí, que es la Iglesia de los justos, es en todas sus cosas acabada y perfecta por el beneficio y gracia de la sangre de Cristo, como dice el Apóstol; y por eso dice «acabada mía», como si dijera: Por mis manos y trabajos hermoseedada y perfeccionada, y vuelta así linda y hermosa como paloma. Y porque no puede sufrir quien ama de ver padecer á su amado, dice: «Que mi cabeza llena es de rocío;» que es decir: Cata que no puedo estar fuera, que hace gran sereno y cae grave rocío, del cual traigo llena mi cabeza y cabellos; en que muestra la grande necesidad que traía de tomar reposo y obligar á que abra con mayor brevedad y voluntad.

Esto decía el esposo; mas ella, así que le oyó, comenzó á decir entre sí con una tierna y regalada pereza: «Desnúdeme mis vestiduras;» que es decir: ¡Ay cuitada! yo esta-

ba desnuda, ¿y tengo de tornarme á vestir? y los mis piés, que ahora me los acabo de lavar, ¿téngolos de ensuciar luego? En lo que se pinta un melindre muy al vivo, que es muy común á las mujeres, haciéndose esquivas donde no es menester; y aun muchas, deseando mucho una cosa, cuando la tienen á la mano fingen enfadarse della y que no la quieren. Había la esposa deseado que viniese, y dicho que no podía vivir sin él ni una sola hora, y rogándole que venga, y despertando con alegría á la primera voz del esposo y al primer golpe que dió á la puerta, y agora, que le ve venido, ensoberbécese y emperreza en abrirle, y hace de la delicada por hacerle penar y ganar aquella victoria más de él. Y dice, poniendo otras excusas: Desnúdeme en mi cama de mi vestidura, ¿cómo me la tornaré á vestir, que estará fría? Lavéme mis piés poco há para acostarme, ¿téngolos ahora de ensuciar poniéndolos en el suelo? Es gentil trueco éste, que viene el esposo cansado y mojado, habiendo pasado por el sereno y mal rato de la noche, y ella rehusa de sufrir por él la camisa fría; en que, como digo, muestra bien la condición y natural genio de su linaje, que lo que más aman y desean, cuando lo ven presente, cualquiera cosilla que tienen hace que lo estorbe, y hacen mil melindres y niñerías. Aunque decir esto la esposa no se entiende que no quiera abrir á su esposo, que esto no se sufría en un amor tan verdadero y encendido; sino que, presupuesto que lo quiere y ha de hacer, muestra pesarle que no hubiese venido un poco antes, que ella estaba vestida y por lavar, para no tener agora que vestirse y desnudarse tantas veces.

«El mi amado metió la mano por entre el resquicio de la puerta, y mis entrañas se estremecieron en mí.» Dice agora que, como se detuviese un poco, á lo que se entiende, en tomar sus vestidos, no sufriendo dilación su esposo, tanteó de abrir la puerta, metió la mano por entre los resquicios de ella, procurando de alcanzar el aldaba, y que ella, sintiéndola, toda muy turbada en ver su prisa, y como

causándole dolor en las entrañas de la pereza que había mostrado y de su tardanza, así como estaba, medio vestida y revuelta, acudió á abrir; y así dice:

«Levantéme á abrir á mi amado; las mis manos destilaron mirra, que cae sobre los goznes del aldaba.» Presupónese que levantándose, tomó cualquier botecillo de mirra, esto es, de algún precioso licor confeccionado con ella, para en entrando recibir y recrear con ella al esposo, que venía cansado y fatigado, como se suele hacer entre los enamorados; que en todo, aun hasta esto, guarda Salomón con maravilloso aviso é ingenio todas las propiedades que hay, así en palabras como en hechos, entre dos personas que se quieren bien, cuales son las que en este su cantar introduce. Dice pues que, con la prisa que llevaba de abrir á su esposo, estuvo á punto de caérsele el botecillo; pero al fin se le volvió y derramó entre las manos y sobre los goznes del aldaba que estaba abriendo. «Mirra que corre,» no quiere decir que corrió y se derramó sobre la aldaba, aunque fuese así como he dicho; sino es decir mirra líquida, á diferencia de la que ya está cuajada en granos, como es la que comunmente vemos; ó lo que tengo por más cierto y más conforme al parecer de san Jerónimo y los hebreos, es dicha mirra excelentísima y líquida, porque la palabra hebrea *hober* quiere decir corriente, que pasa por buena por todas partes; lo cual, según la propiedad de aquella lengua, es decir que es muy buena y perfecta, y aprobada de todos los que la ven, conforme á lo que en nuestra lengua solemos decir de la moneda de ley, que es moneda que corre.

«Yo abrí al mi amado, y el mi amado, etc.» Y dice que, por prestó que abrió, ya el esposo, enojado de la tardanza, se había pasado de largo. Á muy buen tiempo usa el esposo del tanto por tanto con su esposa, porque viendo que ella al principio no le quiso abrir, dándole así á entender que no le había menester, él prueba abrir la puerta, mas cuando sintió que se levantaba á abrir la puerta y que ve-

nía, quisole pagar la burla, como si dijese: Vos queréis darme á entender que podéis estar sin mí; pues yo os daré á entender cómo yo puedo sufrir más sin vos, que vos sin mí; y así se ausenta, no aborreciéndola, sino castigándola y haciéndola penar un rato entre esperanzas y temores, para que esté más pronta después, y juntamente escarmiente.

Dice pues: «Yo abrí á mi amado,» y no le hallé á la puerta como pensaba, porque se era ya ido y pasado de largo. Bien se entiende la tristeza de la esposa en decir estas palabras, como aquella que juntamente se halla corrida y triste de su descuido; y así, parecen las palabras como de asombrada y medio fuera de sí; que la repetición de su decir que era ido y que se había pasado denota esto. «Mi alma se salió en el su hablar;» esto es, derritióse el alma en su amor y pena en verle ido; mas yo iré y le buscaré y le daré voces, henchiré el aire del sonido de su nombre, porque me responda y venga á mí. Mas ¡ay de mí! que procurándolo, no le hallo, y llamándole, no me responde; y así dice: «Busquéle y no le hallé, llaméle y no me respondió;» de donde se entiende la ansia con que quedaba, y cuenta juntamente las desgracias que tras ello le acontecieron buscando á su esposo, «que se encontraron con ella las guardas que de noche guardan y rondan la ciudad;» y como entre los tales siempre hay capeadores y ladrones, gente traviesa y desconocida, dice que la hirieron, dándole algunos golpes, como á mujer sola, y que la quitaron el manto ó mantilla con que se cubría, y socorrieron á su pasión con esta buena obra; y así dice: «Topáronme las rondas que rondan la ciudad, y quitáronme el manto de sobre mí,» esto es, con que me cubría, «las guardas de los muros.» Esto ya va dicho así, no porque aconteciese á la hija de Faraón por esta manera que aquí habla, sino porque á persona de enamorada, que aquí representa, es natural buscar con tanta ansia en todos y semejantes tiempos á sus amores, y con el andar de noche siempre andan juntos tales acontecimientos. Según el Espí-

ritu, es gran verdad que todos los que con ansia buscan á Cristo y á la virtud, estos tropiezan siempre en grandes estorbos y contradicciones; y es cosa de grande admiración que los que tienen de oficio la guarda y vela y celo del bien público, y en quien de razón había de tener todo su amparo la virtud, éstos por la mayor parte la persiguen y maltratan.

«Conjúroos, hijas de Jerusalén.» Con la mayor pena que sentía de no hallar á su esposo, que duele más que todo el resto, no echó mucho de ver, ni se agravía del mal tratamiento que de las guardas recibía; y así, en lugar de quejarse de su mal comedimiento, ó de recogerse á su casa y huir de sus manos, ruega á las vecinas de Jerusalén que le den nuevas de su amor, si le han visto, y si no, que le ayuden á buscarle; que es propio del verdadero amor crecer más y encenderse cuando más dificultades se le ofrecen y peligros se le proponen delante. Dice más: «Y le contaréis que estoy enferma de amor;» conforme á lo que suele decirse comunmente en nuestra lengua: que parece que me fino de amor; y es de considerar que, aunque estaba fatigada de buscarle, y maltratada y despojada por el comedimiento de los que la toparon, no les manda decir su congoja, ni su cansancio, ni el trabajo que ha puesto en su busca, ni los desastres sucedidos: sino lo que padece por su amor, por dos causas: la una, porque esta pasión, como la mayor de todas, vencía el sentimiento de las demás y las borraba de la memoria; la otra, porque ninguna cosa podía, ni era justo que pudiese con el esposo para inducille á que volviese, tanto como el saber el ardiente y vivo amor de su esposa, como representalle lo que le amaba y su enfermedad; porque no hay cosa más eficaz, ni que pueda tanto con quien ama, como saber que es amado; que siempre fué el verdadero cebo y piedra imán del amor. Este mismo amor induce á que algunas mujeres de Jerusalén que la oyeron, parte maravilladas que una doncella tan bella á tal hora anduviese con tanta ansia buscando á su

amado, parte movidas á lástima y compasión de su ardiente deseo, le pregunten cuál sea este su amado, por quien tanto se queja, y en qué se aventajaba á los demás, que merezca el extremo que hace buscándole á tal hora; lo cual otra no haría, creyendo que esto nacía de grandeza de amor ó de alguna locura y desatino, ó por ventura por ser el amado merecedor de todo esto; y así dicen:

«¿Qué tiene tu amado más que otro amado, oh hermosa entre las mujeres? Qué tiene tu amado sobre otro amado, pues que así nos preguntas? Que es decir: ¿En qué se aventaja éste que tú amas entre los demás mancebos y personas que quieren ser queridas? Y esto preguntanlo por dos causas: la una, como pidiendo razón del grande y excesivo amor que se le mostraba, que era justo fuese así por alguna señal de ventaja que hubiese su esposo entre todos los demás hombres; la otra, para por las señales que diese poderlo conocer cuando lo vieses. Á lo cual responde: «Mi amado, blanco y colorado, trae la bandera sobre los millares.» Da al principio la esposa las señas de su esposo generalmente, diciendo que es blanco y colorado; después va señalando las partes de su belleza, cada una en su lugar. Dice pues: Sabed, hermanas mías, que el mi amado es blanco y rojo, porque de lejos le conozcáis con la luz de estos colores, que son tan perfectos, que entre millares se diferencia y hace raya y lleva la bandera; y por ser primero de todos ellos la lleva. La palabra hebrea *dagul* significa al que lleva la bandera, y así, aquí quiere decir el alférez; y con ella, por semejanza, se puede significar todo lo que se señala en cualquiera cosa, como es señalado el alférez entre los de su escuadrón, lo cual por la misma forma se dice en nuestra lengua. Y así, san Jerónimo, atendiendo más al sentido que á la palabra, tradujo: «Escogido entre mil;» en las cuales palabras se entiende como encubierta una reprehensión á las que piden señas de su esposo, como si dijese: No hay para qué os diga quién ni cuál es mi esposo, que entre mil que esté se echa

de ver y descubre. Pero prosigue relatando sus propiedades, porque es natural del amor deleitarse y como saborearse de traer siempre á la memoria y en la boca al que ama, por cualquiera ocasión que sea.

Pues dice: «Su cabeza como oro de Tíbar;» esto es, su cabeza es muy gentil, redonda y bien proporcionada, como hecha de oro acendrado sin ninguna falta ni tacha. Porque cosa es usada entre todas las lenguas, para decir que cualquiera cosa es perfecta y agraciada, decir que es hecha de oro; y por esto lo dice la esposa aquí, y no por ser rubios los cabellos, como luego veremos ser negros; porque en las tierras orientales y en todas las tierras calientes tienen por galano el cabello negro, como aún hasta hoy se precian los moros; y así añade: «Sus cabellos crespos, negros como cuervo.» Y cierto, al rostro de un hombre muy blanco mejor le están los cabellos negros y barba que los rubios, por ser colores contrarios, que el uno da luz al otro.

Dice más: «Sus ojos como de paloma en los arroyos de las aguas, bañadas en leche.» Ya he dicho que las palomas de aquella tierra, que agora llaman tripolinas, son de bellísimos ojos, y parécenlo mucho más con las calidades que añade luego, diciendo: «en los arroyos;» porque señaladamente cuando salen de bañarse les relucen y centellean en gran manera, y los que las compran, suelen con la mano mojada mojarle los ojos, y en aquel relucir y relampaguear de ellos conocen su fineza; y así, dice la esposa que los ojos de su esposo son tan hermosos como los ojos de las tales palomas cuando más hermosos se les ponen, que es cuando se lavan junto á las corrientes de las aguas, donde se bañan y refrescan y cobran una particular gracia.

«Bañadas en leche;» esto es, blancas como la leche, que es la color que más agrada en la paloma. «Reposan sobre la llenura;» quise traducir así para dar lugar á todas las diferencias de sentidos que los expositores é intérpretes imaginan aquí, dándonos esta libertad el original, don-

de puntualmente se dice por las mismas palabras. Algunos entienden aquí que la llenura debe ser agua, cuales son ríos grandes y estanques, y de este parecer es san Jerónimo, y traslada que reposan junto á los ríos grandes y muy llenos, que es repetir sin necesidad lo mismo que acaba de decir: Junto á las corrientes de las aguas. Á otros les parece entender que este lleno que se dice aquí son vasos grandes llenos de leche; pero es cosa agena y muy torcida. Podríase decir que por aquella palabra *meleoth*, que en lo que suena significa llenura ó enchimiento, en algunos lugares de la Escritura por ella se explica lo que es acabado y perfecto; porque todo lo tal es lleno en su género. Así que, se podría decir que estar en la llenura las palomas bañadas en leche, es decir que están del todo y perfectamente bañadas; esto es, que son perfectamente blancas, sin tener mancilla de otro color; conforme á esto, dirá la letra: «Tus ojos como paloma junto á las corrientes de las aguas, que se bañan en leche y quedan enteramente bañadas.» El sentido cierto es, que la palabra hebrea que hemos dicho, significa toda aquello que teniendo algún asiento ó lugar vacío ó señalado para su asiento, hinche bien tal lugar, que viene medido con él, como un diamante que iguala bien en su engaste, ó una paloma que hinche bien el agujero de la piedra donde hace su nido, porque las palomas parecen bien en uno ó en dos lugares, ó junto á los arroyos donde se bañan, ó puestas en el nido, como se vió arriba, donde, por mayor encarecimiento ó requiebro, el esposo llama á la esposa «paloma puesta en el agujero del paredón,» esto es, en su nido; por esta causa aquí la esposa, para encarecer los hermosos ojos del esposo, compáralos á los de la paloma en aquellos lugares en que están más hermosos y parecen mejor. Así dice: Son como de palomas junto á las corrientes de las aguas; como palomas blanquísimas, que con su gentil grandeza hinchen bien y ocupan y hacen llenos sus nidos donde reposan.

«Las sus mejillas como hileras de yerbas aromáticas de